

FABULA XXXVI.

LA MOSCA INSTRUIDA.

En no recuerdo qué tienda,
Sita en la calle de Atocha,
Había un papel untado
No sé bien con qué ponzoña.

Su aspecto y disposicion,
Su color, su brillo y forma,
A las Moscas convidaban
Sobre él á posarse todas:

Pero todo aquello era
Esterioridad traidora,
Pues cuantas iban al unto,
Tantas caían redondas.

Una de ellas, que volaba
De golosinas ansiosa,

Viólo, y quiso dirigirse
A chuparlo con su trompa,

Cuando fijando la vista
En unas letras muy gordas,
Vió que decían: «PAPEL
PARA DAR MUERTE Á LAS MOSCAS.»

— «Tate! exclamó: ¡y yo creía,
Por su apariencia engañosa,
Que se podía comer
Lo que ha matado á esas otras!

Por fortuna me he librado
De una muerte desastrosa,
Gracias á saber leer;
Que sinó... ¡Dios me socorra!

Desde ahora en adelante
Voy á aplicarme, no es broma,
A estudiar más cada dia,
Que el sáber á nadie estorba.» —

Hechas estas reflexiones
Tan justas y filosóficas,
Matriculóse en Gramática,
En Clínica y en Historia.

Ahora bien, Niños y Niñas:
¿Sereis tan tontos y tontas,
Que desdeñeis el estudio
Despues de oir á esa Mosca?

FABULA XXXVII.

EL REO DE MUERTE.

A MI MUY QUERIDO HIJO JULIAN ALFREDO.

Es de todos verdad harto sabida
Que el hombre nunca es dueño de su vida:
Por terrible, JULIAN, por apurado
Que parezca tal vez un caso dado,
¿Quién, sino un loco, la esperanza pierde,
Flor que aun al borde de la tumba es verde?

Puesto en capilla un Reo se encontraba,
Y al verse en trance tan amargo y fuerte,
Desesperado estaba de tal suerte,
Que de este modo al Confesor hablaba:

— « Dos horas faltan solo, Padre mio,
Para salir al lúgubre cadalso:

Que eso convenga á mi salud, es falso,
Y dejarme yo ahorcar, es desvarío.

¿No vale mas matarme prontamente,
Si tengo de morir dentro de poco?
Loco seria yo en verdad, muy loco,
En servir de espectáculo á la gente.»

—«Por este Cristo que en las manos llevo,
Exclama el Confesor, oye su grito!
Morir, es expiar tu gran delito;
Matarte, cometer un crimen nuevo.»

Prueba dá bien patente el suicida
De que no sabe tolerar su suerte:
¿Será lícito al hombre darse muerte,
Cuando el hombre no alcanza á darse vida?»

—«Será vuestro sermón muy oportuno
Para ocasión mejor, contesta el Reo;
Pero en el duro trance en que me veo,
Matarme yo ó morir, es todo uno.»

Si quiere Dios mi expiación sangrienta
¿A qué el verdugo que infernal me acosa?
Para librarme de la vida odiosa,
Basta mi mano, si mi voz la alienta.»—

Dice, y haciendo de su fuerza alarde,
Contra el suelo la sien se despedaza:
Suena en esto un clarín allá en la plaza,
Y era el perdón del Rey... y era ya tarde!

FABULA XXXVIII.
EL PERRO Y EL SERENO:

idea tomada de una anécdota del Padre Isla.

*El que haga mal como ciento,
No espere mal como uno,
Que eso sería importuno,
Como lo prueba este cuento.*

A un Perro que le mordió
Clavó del Chuzo la punta
Cierta Sereno, y le hirió;
Y su Dueño que lo vió,
Le dirigió esta pregunta:

— «¿Con la punta, pesiamí,
Le dais, y no con el cabo?» —
Y el otro le dijo: «sí!
Con la punta. ¿Acaso á mí
Mordióme el Can con el rabo?»

FABULA XXXIX.

LA PALMERA Y EL OLIVO.

A MIS BUENOS AMIGOS

Los Señores Redactores de EL RUBÍ, periódico literario
de Valencia.

Engreida, orgullosa, altiva y fiera
Una gentil Palmera
Su pomposo penacho al aire daba,
Y á un humilde Aceituno despreciaba,
Por no tener su erguida cabellera.

— «Mirá mis trenzas, dijo,
Y muérete de envidia, al ver al hombre
Buscarlas siempre con afan prolijo,
Cuando desea eternizar su nombre.
Mientras tú con tus hojas y ramaje
Leña al fuego le das y leña solo,
Rival yo excelsa del laurel de Apolo
Sobrevivo del tiempo al rudo ultraje,
Y estimulando las ardientes almas
Del Mártir, de la Virgen, del Guerrero,

De cuantos Héros tiene el mundo entero,
Premio á todos les doy, y á todos palmas. »

— « En verdad que es así, dice el Olivo;
Mas no por eso con orgullo altivo
En despreciarme cifres tu deleite,
Que humilde como soy, produzco aceite,
Y alumbro los altares del Dios vivo.
¿De qué entonces allí sirven tus trenzas?
Para que te convenzas
De tu vana altivez, sabe, hija mia,
Que arde mi aceite allí de noche y dia,
Mientras al rayo de su luz contemplo
Que esas tus palmas, con que así te embobas,
Le sirven solo al Sacristan de escobas
Para barrer el templo. » —

*Nadie sea orgulloso, que es dislate
Que con razon la Fábula reprueba:
Dios al humilde y al modesto eleva,
Y al jactancioso y al soberbio abate.*

FABULA XL.

LOS DOS MASTINES:

imitacion de Guilloutet.

Un Mastin, que ya sin dientes
De puro viejo se vía,
Ladraba de noche y dia
A toda clase de gentes.
— « Ahullidos impertinentes
Son esos á mi entender
(Dijo otro Mastin, al ver
Su empeño en alborotar):
¿De qué te sirve ladrar,
Si ya no puedes morder? »

FABULA XLI.

LOS REFRANES.

Dice un Refran: «*En casa del gaitero,
Todo bicho viviente
Sale tamborilero;*»
Y otro dice á su vez: «*Casa de herrero?
Pues cuchillo de palo es consiguiente.*»

A eso dice mi Potro:
«*O miente el un Refran, ó miente el otro.*»—

*Traslado á los Pericos y á los Juanes,
Que miran otros tantos Evangelios
En todos los Adágios y Refranes.*

FABULA XLII.

EL CARNAVAL ANIMALESKO.

Á MIS QUERIDOS PAISANOS Y AMIGOS,

el muy distinguido Jurisconsulto y Diputado á Córtes

DON LUIS FRANCO,

y el ilustrado y digno Catedrático

DON BARTOLOMÉ MARTIN.

Quando en Carnestolendas
Se disfrazan los Hombres,
Diz que hacen otro tanto
Los Brutos en los bosques.

Entre ellos es la fiesta
En que reina mas órden,
Sin que nadie se engresque,
Sin que nadie se enoje.

Una vez solamente
Su diversion turbóse,

Y esto fué por un Tigre,
Mas que travieso, torpe.

Fué el caso que anhelando
Regocijar su Corte,
Quiso el Leon lucirse,
No ya cual antes, doble.

Señaló, pues, un premio,
Por cierto nada pobre,
Al que mejor velase
Su facha y condiciones.

Para servir de ejemplo,
Quiso, aunque grande y noble,
Disfrazarse él de Burro,
Y entró tirando coces,

Con esto sus vasallos,
Como era muy conforme,
Esmeráronse todos
En complacerle dóciles.

De Liebre en consécuencia
El Gato disfrazóse,
Cosa que nada nuevo
Les dice á mis Lectores.

En cambio, una gran Rata
Se disfrazó de Gozque,
Y bailó con el Gato
Un vals y tres galopes.

El Burro por su parte
Se hizo Leon de un golpe,
Y una apacible Cierva
En Hiena trasformóse.

Con trajes tan cambiados,
Nadie sabia entonces
Quien era el Corderillo,
La Zebra ni el Magote.

¿Qué mucho, si lo mismo
Sucede entre los Hombres,
Á poco que disfracen
Lo que en su pecho esconden?

Alegres todos ellos
Con tal metamorfosis,
Bailaron tres mazurcas
Y cinco rigodones.

Mas ay! que de repente
La danza trastornóse,

Trocándose la fiesta
En susto y en desórden.

El Leon da un rebuzno
(Digo, el Leon por mote),
Y luego ruje el Burro,
Y ladran seis Lechones.

¿Qué es ello? Que de pronto
Se presenta en la Corté
El Trige, disfrazado
¿De qué direis? de Hombre.

— «¡Fuera ese mónstruo! gritan
Unánimes, acordes,
Lo mismo Brutos mansos
Que Animales feroces:

¡Fuera el que pretendiendo
Monarca ser del Orbe,
Es el peor Tirano
Que tierra y mar conocen! —

Dicen, y en pós del Tigre
Todos á un tiempo corren,
Y uñas, dientes y cuernos
En su contra disponen.

— «Eh! Señores... ¡qué diantre!
Exclama el Tigre entonces,
Quitándose el peinado
Hecho á lo Luis Catorce:

¿No vén que me he vestido
De puro monigote,
Y que esta es chanza propia
De tales ocasiones?»

— «Ah, ya!, el Leon contesta:
¿Conque erés tú el que toses?
Pues nos has dado un susto,
Que Dios te lo perdone.»

— «Fué por ganar el premio,
El Tigre le responde.
— «¿Qué premio?» — «El prometido;
Y lo merezco doble.»

— «¿Por qué razon, compadre?
¿No dije á todos: *dóile*
Al que mejor disfrace
Su aspecto y condiciones?»

— «Sí á fé.» — «Pues bien: ¿qué has hecho
Para ganarlo? ¿En dónde

Se encuentra la distancia
Que va del Tigre al Hombre?

— «Él es peor.» — «Sin duda;
¿Pero no sois conformes
En falacia, en perfidia
Y en sanguinarias dotes?»

— «Es verdad.» — «¿Pues qué premio
Quiéres que yo te otorgue
Por un disfraz que vela
Tan mal tu traza y porte?»

El premio es de la Rata
Disfrazada de Gozque,
Y tuya la vergüenza
De haber turbado el orden.

Huye de aquí, y da gracias
A los excelsos Dioses
Y á mi bondad sin límites,
Si no te pego un trómpis.

Mal parados nos deja
La Fábula, Lectores;

Mas yo, en defensa propia,
Digo: EL LEON PERDONE.

El Hombre de quien habla
Es el que ciego y torpe
Furioso sigue el impetu
De todas sus pasiones:

Mas si él les pone freno
Y es la Virtud su norte,
¿Qué sér en este mundo
Como él es grande y noble?

FABULA XLIII.

EL RATON Y EL GATO.

Envenenaron á un Raton el queso,
Y él conociólo, y dijo: «no te cato,»
Cuando viniendo de improviso un Gato,
Sobre él lanzóse con el rabo tieso.

El, al mirarse entre sus garras preso,
Le dijo: «espera por piedad un rato,
Que del queso á hacer voy mi postrer plato,
Para al menos morir rollizo y grueso.»

Otorgado el permiso, se envenena,
Y el Gato, que no cuenta con la tia,
Se emponzoña á su vez, Raton tragando.

Al fin rebienta, y dice: «¡Justa pena
De haber débil creído al que aun tenía
El gran recurso de morir matando!»

FABULA XLIV.

EL PIÉ Y LA BOTA.

AL DISTINGUIDO CRÍTICO Y POETA

DON MANUEL CAÑETE.

*Gran confianza, me dirán algunos,
Te inspiran hoy tus versos importunos,
Cuando tu pobre ingenio se promete
Fabulando halagar... ¿á quién? á un hombre,
A un Censor de tan digno y justo nombre
Y tan duche y sagaz como CAÑETE.*

*A eso respondo yo: ¿quién os ha dicho
Que puedo acariciar, ni aun por capricho,
Tan desvariado intento?
Si yo mi Fabulilla le presento,
No es ciertamente porque yo no sepa
El largo trecho que mi Musa dista
De la árdua altura á donde osada trepa,
Sino porque él, conocedor profundo
De lo difícil que es empresa tanta,*

— «Pues calzareis siempre mal.»
— «¿Y no ha de haber otro medio?»
— «Señora, no hay más remedio
Teniendo pié desigual.»

— «Entonces será deforme
La bota grande, y ahora...»
— «No hay bota grande, Señora,
Si con el pié va conforme.»

— «¿Mas dejará al fin de ser —
Desigual...» — «Señora mia,
Vamos á hablar todo el dia,
Si no os dejais convencer.»

No hablemos, pues, ya de horma,
Ni de bota floja ó prieta:
Yo digo lo que el Poeta:
A cada idea, su forma.

FABULA XLV.

EL MOSQUITO Y EL BUEY:

imitacion de Lokman.

Sobre el cuerno de un Buey iba posado
Un Mosquito muy ruin, però muy tieso,
Y le dijo: «te veo algo cansado:
¿Es que yo te fatigo con mi peso?» —
El Buey le contestó: «bicho menguado!
Solo á tí te ocurriera decir eso:
¿Pensas que ni siquiera te he sentido?
Cuanto más ruin el ruin, más presumido.»

FABULA XLVI.

EL MACHO Y EL ARRIERO.

Una coz su Macho dió
Al Arriero Juan Lanas,
Y él otra coz le endosó,
Diciendo: «á Macho me ganas;
Mas lo que es á Bruto, no.»—

*Hombres hay... ¡qué miseria!
Que podrian pasar por otra cosa,
Si á vender los llevasen á la feria.*

FABULA XLVII.

LAS DOS TABLAS.

A MI QUERIDO Y CONSECUENTE AMIGO Y PAISANO

DON MARIANO VILLACAMPA,

Gefe de contabilidad en el Banco de Zaragoza.

Con dos Tablas robustas y fornidas
Hizo una puerta el Ebanista Urquióla,
Tan iguales, tan tersas, tan pulidas,
Que parecian una Tabla sola;
Y eso que á entrambas las juntó sin cola:
Tan prietas las dejó, tan bien unidas.

Asi todo un verano
Vivieron ambas en feliz concierto;
Pero despues las desunió tirano
En los rigores del invierno cano
Un Cierzo frió que sopló del Puerto.
El Ebanista entonces
Encolólas tan bien, tan diestramente,
Que no tuvo su union nuevo accidente;

Mas no obstante, á pesar de la juntura
Que tan buen resultado dió al momento,
Un ojo perspicaz, mirando atento,
Conocia muy bien la encoladura.—

*Dicen que la amistad, siendo reñida,
Es más firme y tenaz que antes de rota,
Cuando en dos almas divorciadas brota
Conciliacion que vuelve á darle vida.
Eso será verdad; mas sin embargo,
Aun cuando dure así por tiempo largo,
Es mejor conservarla ilesa y pura,
Pues reñida y despues reconciliada,
Siempre deja entrever, bien observada,
Las huellas del disenso y la ruptura.*

FABULA XLVIII.

EL MÉRITO Y LA FORTUNA

Caminando á sol y á luna
Con estraña intrepidez,
Se encontraron una vez
El Mérito y la Fortuna.
Ambos entonces á una
Dijeron: «¿quién esto vió?»
«¿Quién así nos reunió
En dulce fraternidad?» —
Lo oyó la Casualidad,
Y exclamó riendo: «¡yo!»